

Meditación sobre la cultura y la barbarie. Observaciones a partir de Eduardo Nicol*

Arturo Aguirre
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

*A Aida Toporek,
flor de luz.*

Hacia una filosofía de la expresión

No resulta fácil marcar las lindes ni estimar los alcances del pensamiento de Eduardo Nicol cuando acomete la tarea crítica de pensar los problemas de nuestra situación vital. Extendida durante cincuenta años como una reflexión estrictamente rigurosa y sistemática, los cuestionamientos y las ideas sobre la cultura actual que generan la obra de Nicol se conjugan y complican armónicamente; es decir, se comunican, con los planteamientos más profundos de la empresa revolucionaria y de reforma de la original metafísica de la expresión —constituida ésta como ciencia primera del ser y el conocer.

Desde sus primeros trabajos hasta las obras postreras, Eduardo Nicol exhibe una contemporaneidad excepcional como pensador del siglo XX, al ubicarse como un punto de atracción para los problemas impostergables de la crisis teórica de la metafísica, emprendida, señaladamente, por la fenomenología husserliana; y los problemas de la existencia humana, en la transformación radical de los acontecimientos del mundo y la alteración de las disposiciones en el cultivo de la vida, es decir: en la cultura misma que Occidente promovió desde Grecia, según lo advierte Nicol. No obstante, su aludida excepcionalidad no radica únicamente en la sutileza para advertir los elementos

* Artículo publicado en Revista Relaciones, núm. 57, México, en conmemoración a Eduardo Nicol 1907-2007.

críticos más decisivos de su tiempo, en la comprensión y claridad para señalar las causas y medidas que llevaron a esta amplia problemática degenerativa de la teoría y de la vida, y de ambas a la par.

Simultáneamente a esa atracción de los aspectos más capitales para su consideración, el pensamiento nicoliano muestra su amplio espectro de irradiación de una razón proyectiva que amplía, sugiere y brinda los lineamientos y desarrollos para reorientar (la palabra en Nicol es “reformular”) la teoría y renovar la mirada sobre el ser del hombre mismo. Se trata, pues, del frescor de un pensamiento que no cesa ante la magnitud de los problemas, y del discernimiento que florece con sensatez y responsabilidad frente a su tiempo mismo, para buscar otros caminos, para ensayar otras maneras pensar, y poner, con ello, las ideas al servicio de la vida.

Quizá sea esto, entre otras razones y motivos, lo que permite atender a la magnitud de la obra nicoliana como si se tratara de un faro de luz, en donde la vida halla la claridad de la esperanza — pues filosofar es un acto de esperanza y aspiración compartidas en la vocación filosófica de Nicol—, entre tanto naufragio de desesperaciones y conmociones que acarrea la marea estrepitosa de la existencia actual. Es desde estas tormentas y esos tormentos cotidianos que la templanza, la “entereza trágica” y ejemplar del *filósofo de la expresión* nos convoca para atrever un acercamiento sobre la cultura y la barbarie, con los lineamientos que brindó para una filosofía que no se retrae ante el temor de “filosofar como si cada día pudiera ser el último”.¹

Se trata, entonces, de extender las preguntas desde el sistema de la metafísica de la expresión, (que se abocó a la fundamentación ontológica de lo humano) hacia las problemáticas de la cultura vistas desde la “Filosofía de la expresión”, la cual quedaría señalada, aunque no explicitada, por la metafísica que revela al ser del hombre de una manera radical y auténtica en el fenómeno de la expresión. Esto es, el desarrollo de la metafísica de la expresión, emprendido por Eduardo Nicol, anuncia que:

El programa de esta obra [*Metafísica de la expresión*] no abarca el desarrollo completo de una ontología del hombre. Tampoco puede incluir los temas de una “filosofía de la expresión”, la cual aunque fundada antológicamente en los términos presentes, derivaría —y será conveniente lograr después esta derivación— hacia los campos de la estética, la ética, la teoría del conocimiento, etc. Hemos de confinarnos por ahora en el tema de la expresión desde el punto

¹ Eduardo Nicol, *El porvenir de la filosofía*, México, FCE, 1972; “Prefacio del temor”.

de vista estrictamente ontológico (...) pues el objetivo principal consiste en mostrar que la metafísica de la expresión es posible y necesaria.²

Al respecto, cabe mencionar que en la obra del pensador catalán-mexicano ese proyecto de la “filosofía de la expresión”, según advertimos, dio algunos pasos en su desarrollo, sobre todo en aquellas obras sistemáticas que trataron la repercusión existencial de los cambios y disposiciones actuales, y aunque el tema de la expresión no sea *leitmotiv* de dichos escritos, sus fundamentos están ahí.³ Los procesos y resultados de la investigación sobre el ser de la expresión, en la “tematización” ontológica de su estructura como fenómeno definitivo, diferencial y universal en el ser humano, fueron parte del proceso de la operación revolucionaria de la metafísica de la expresión, para dar pauta a la radical fundamentación ontológica de la comunidad del ser, presente en las obras *Metafísica de la expresión* y *Los principios de la ciencia*.

Por nuestra parte, dados los fines de este escrito, es imposible detenernos en el amplio y logrado esfuerzo del sistema metafísico sobre el fenómeno de la expresión. Lo que estas líneas y sus

² E. Nicol, *Metafísica de la expresión*, 1ª versión, México, FCE, 1957; pp. 214-215. Sobre el ser de la expresión, Nicol afirma: “Este concepto de ‘ser expresivo’ (...) ni siquiera funciona teóricamente como “idea del hombre”; pues las ideas del hombre son expresiones del hombre mismo, y por ello son históricas (...) Por el contrario, esta peculiar idea del hombre como ser de la expresión no está ella misma condicionada por una situación histórica, ni es resultado de una previa investigación, sino que es la *idea* que todos tenemos de lo que somos nosotros mismos efectivamente, en cualquier lugar y tiempo. Esta idea funciona existencialmente antes que pueda traducirse en teoría del hombre o en concepto lógico, porque proviene de una simple, directa y absoluta intuición de lo que expresa el ente al que llamamos hombre: su mismo ser humano.” E. Nicol, *Metafísica de la expresión* 1ª versión, *loc. cit.*; p. 299. (El subrayado es del autor.) (C. ca. sobre el tema en cuestión en obra del mismo pensador: *La idea del hombre*, México, FCE, 1977; cap. 1 § 5; *Metafísica de la expresión*, 2ª versión, México, FCE, 1974, *vid.* cap. VII “Lo que expresa”, *et. seq.*; y “Vocación y libertad”, en *Ideas de vario linaje*, México, UNAM, 1990.)

³ Nos referimos sobre todo al “tríptico” *El porvenir de la filosofía* (1972), *La reforma de la filosofía* (1980) y *La crítica de la razón simbólica* (1982); así como los dos importantes trabajos *La primera teoría de la praxis* (1978) y *La agonía de Proteo* (1981). Estos trabajos se desarrollan, según sugerimos, desde una perspectiva crítica de la “transversalidad” —el término es de Jean Baudrillard (*Contraseñas*, Barcelona, Anagrama, 2002; p. 15 et seq.)—, pues la complejidad de la situación actual en la cual se encuentra la humanidad exige al problema de la cultura su imposible reducción a una sola perspectiva específica, ya sea filosófica, sociológica, antropológica, teórico-política, histórica o psicológica; antes bien, es preciso atender a las revelaciones que cada una de estas disciplinas nos otorgan, orientados por la pregunta filosófica que incide en las causas y las alteraciones ontológico-existenciales de la humanidad contemporáneamente. Nicol no es ajeno a este proceder que destaca por la manera de conducir la interlocución desde las radicalidad de los problemas. Se trata, pues, de que la radical alteración de la cultura implica una radical alteración en los modos de pensarla desde la filosofía, esto lo advierte nuestro pensador desde su primera obra fundamental *La psicología de las situaciones vitales*, “Introducción” (1941) y se extiende de manera implícita en su manera de reseguir y profundizar en la “filosofía simbólica” de Ernst Cassirer en la *Metafísica de la expresión*, a la par que de manera explícita Nicol mantiene la atención en los ensayos filosóficos que otorga en publicaciones varias. (Vid. E. Nicol, *Las ideas y los días. Ensayos e inéditos 1939-1989*, México, Afinita Editorial, 2007.)

reflexiones pretenden, a fin de cuentas, es mantener el proceso continuo de la pregunta por el ser de la expresión explícita y temáticamente en el despliegue existencial, desde la panorámica de los problemas culturales contemporáneos. Esto es: reseguir las preguntas, enfatizar las orientaciones que Nicol advirtió y propuso para insistir en ellas, hasta donde la razón lo permita.

Metamorfosis de nuestros días

Sabido es que concurrimos, entrados en el siglo XXI, en una intensa preocupación teórica que atiende a temáticas culturales, con lo que busca vindicar de la manera más idónea la comprensión, interpretación y elucidación desde las cuales sea factible afrontar los problemas permanentes y emergentes que configuran nuestra situación histórica. Esta situación signada con la caracterización que de ella se ha hecho en tanto que “mundializada”; pues se trata de un *dominio* en el que todos los modos de vida, en el que todas las formas diferenciadas de existir se ajustan, se estrechan y, las más de las veces, se excluyen, por los medios de interacción comunicativa que se extreman día con día.

Las categorías teóricas, las tonalidades y los énfasis que se han ofrecido, desde hace un siglo a la fecha, próximas a la delimitación de la problemática cultural, han dado origen a un incremento extraordinario (*sui generis* en la historia del pensamiento de Occidente) de la bibliografía filosófica, lo cual podría indicar un interés renovado que busca ajustarse a las aceleradas transformaciones de la situación del hombre en el mundo. Es decir: una reordenación teórica que aspira a ser más acorde a esta acentuada y nueva experiencia de la adversidad de la existencia humana, misma que va dejando atrás nuestros marcos de interpretación que hasta hace un tiempo fueron fomentados. “Nueva experiencia”, decimos, en que los individuos y las comunidades se ven dislocados en la dinámica de las texturas sociales y los modos en como éstas funcionan dentro de los parámetros que la contingencia mismas de los hechos complica y en la cual se ve comprometida la existencia y su modo de acontecer.

No obstante, la constatación de esta *novedad histórica de la experiencia* no ha de acotarse, según proponemos consecuentes con el planteamiento de Eduardo Nicol, al inventario de eventos

irrecusables de la situación contemporánea. Antes bien, buscamos desde la filosofía de la expresión la comprensión fundamental y sistemática de los datos referidos a la función existencial y formativa del ser del hombre, y no ya la mera descripción y prescripción de un conjunto de normas culturales o una acotación teórica de datos.

En ese sentido, y ante las dificultades que la cultura encuentra en la actividad formativa de la existencia, es que en el siglo XX la filosofía emprendió arduos esfuerzos en aras de la comprensión radical del cambio cualitativo, negativamente cualitativo, de la existencia que empezaba a gestarse. Desde ahí se enfatizó que las evidencias de la transformación de la cultura y la educación son variaciones de la conformación temporal, existencial y dialógica de la vida, y no simples y unidireccionales productos o elementos exteriores del mundo, ajenos a los eventos y circunstancias que los seres humanos promueven y generan en cada una de sus acciones.⁴

Con esto ha sido dable mostrar desde el pensamiento filosófico que hay una “metamorfosis” de la situación vital desde hace un siglo a la fecha, por cuanto ha acontecido un cambio en la intencionalidad y disposición existencial del hombre ante la formación y transformación de su propio ser, que se manifiesta en la estridente desorganización de los referentes de vida suscitados, originados y transformados desde las manifestaciones artísticas, científicas, religiosas, políticas y de pensamiento. Es notorio que a partir de unas décadas a la fecha (sobre todo con el incremento de la población mundial, los flujos de información y las redes de comunicación, que dan lugar a la aceleración de un nuevo conjunto de relaciones culturales, institucionales y financieras) se extiende un escepticismo teórico y cotidiano de la vida, fraguado en la inseguridad existencial sobre el alcance y el valor real de aquello que se consideraba idóneo para las conformaciones existenciales más plenas y estables, más óptimas y racionales, es decir, más “humanizadas” por los alcances de la formación cultural. El relativismo cultural (que en esta nueva “Vulgata planetaria” —la voz es de Bourdieu, como un discurso que se sitúa a la mitad del camino entre la ordinariez cotidiana y el propósito científico— se

⁴ En este sentido es preciso reconocer el trabajo de Wilhem Dilthey, Otto F. Bollnow, Ernst Cassirer, Karl Jaspers, Max Scheler y Ortega y Gasset, por mencionar a los más destacados en este “giro” antropológico de la objetivización de la cultura, hacia la reorientación mundana de las creaciones culturales hacia el ser y hacer del hombre. “Giro” que Eduardo Nicol radicaliza al advertir el problema desde una temática ontológica de la expresión, según advertiremos en lo sucesivo.

da por llamar “pluriculturalidad” o “multiculturalidad”), el historicismo exacerbado, el subjetivismo (promovidos por un basto vitalismo, un existencialismo nihilista y por un postmodernismo de la negatividad histórica) se han convertido en maneras habituales del proceder teórico y el retroceso cotidiano de las mayorías de “a pie”, ante las cuestiones más fundamentales que habrían de advertirse como primordiales para el orden del pensar riguroso.

De tal manera, la habitual reflexión filosófica, en torno a lo cultural, en muchas ocasiones se ha visto orientada a la incertidumbre sobre aquellos elementos de meditación que se consideraron como recursos fundamentales e irrenunciables para el análisis del hombre en su dimensión formativa en el desarrollo de Occidente. La renuncia, y no ya la reconsideración prudente y racional de la *humanización* por los factores culturales; la displicencia de lo contemporáneo ante la responsabilidad histórica de lo otorgado por la tradición y de lo ofrecido a los venideros; el desasosiego ante el “progreso”; el descreimiento de las virtudes y los valores meritorios como elementos constitutivos y permanentes (aunque no por ello menos cambiantes e históricos) de realización en los modos de ser individuales y comunitarios; el dejamiento de la idea de un sentido cada vez más comprometido y más común, que tenga como finalidad la concreción y mejoramiento del mundo en la vinculación dinámica y crítica con las creaciones artísticas y de pensamiento; la oblicuidad ante la idea de la finalidad última de la educación como ejercicio congruente y constante de la vida participada en los más altos valores de justicia y bondad. En suma, el alcance de estas ideas y referentes culturales, frente a las necesidades y forzosidades propios de nuestro tiempo, que reclaman la utilización instrumental del conocimiento, deja tras de sí un señalado hilo de incertidumbre sobre la cultura para la reflexión y acción contemporáneas. Y aún más, deja este tiempo una insospechada perplejidad sobre la “utilidad” o el servicio que para el cultivo de la vida pueda dar aquella reflexión en sí misma. En palabras de Nicol queda expresado así:

El hecho de que las disciplinas llamadas humanas, sociales, históricas o del espíritu, no produzcan utilidad apreciable de inmediato, en términos cuantitativos y pragmáticos, tal vez sea la razón profunda de que muchos les rehúsen hoy la categoría de ciencias. Las aplicaciones prácticas de un conocimiento tienen que derivar necesariamente de una previa confirmación

empírica, pero el valor teórico de esta prueba se confunde cada vez más con el provecho que sus aplicaciones puedan reportar.⁵

Se trata aquí, en primera instancia, no sólo de la desorientación de la cultura por el desbordante efecto de causas diversas y diversificadas (mencionadas anteriormente) en esta “mundialización”, que hacen mella en todos los ángulos de la vida y del mundo; sino que, además, esto contrae simultáneamente, una creciente incapacidad de reorientar el orbe cualitativo de la existencia en sus creaciones y re-creaciones culturales, cuando se amplía el criterio de la utilidad, la cuantificación y el pragmatismo para valorar el provecho vital de las ideas. Parece que nuestra época, que la existencia misma, rehusara las formas del saber y las conformaciones en la sapiencia cuando éstas escapan al dominio de los reportes estadísticos y de la repercusión en los estándares de la productividad.

El trastorno interior

En este sentido, para Nicol es ineludible aseverar la actual perturbación de las expectativas y disposición hacia la posible formación integral de la existencia. En verdad,

No se trata ya de decidir, con libertad de pensamiento, qué orientaciones pedagógicas son preferibles, ni de debatir si la formación básica debe preferir las ciencias naturales, o las humanidades, o las ciencias humanas y la filosofía, o un sistema armonioso de todas ellas. Es verdad consabida, y por esto callada, que toda pedagogía se funda, como condición de posibilidad, en la disposición que tiene el hombre a ser moldeado por ella. Pero el problema ya no es de doctrina: por primera vez, la materia [la existencia humana] a que ha de aplicarse cualquier doctrina pedagógica se muestra reacia a aceptarla. Aunque de manera ambigua: por un lado, se rechaza toda formación que no sea útil, que no proporcione un apoyo práctico con que enfrentarse a la vida; por otro lado, se rechaza la reducción de la vida a los puros fines prácticos.⁶

La existencia se dispone como una materia plástica para ser formada, para ser bien-formada (*euplastón*) con arreglo a una visión compartida del mundo que logre extender los puentes de comprensión y diálogo entre los posibles puestos de vida, entre los posibles modos de ser que se asumen en la fragua y co-operación del mundo. Pero ¿qué pasa cuando esta existencia dispuesta

⁵ E. Nicol, *Los principios de la ciencia*, México, FCE, 1965; pp. 11-12.

⁶ El porvenir de la filosofía, op. cit. p. 323.

rechaza su condición moldeable, cuando se ve expuesta a la necesidad instructiva de lo que *debe* hacerse? Pasa la aguda alteración inédita de una falta de referencia y relación de una “comunidad” humana que no mantiene consensos vitales, y cae en el conflicto y desaliento hacia cuál ha de ser la función o funciones formativas de la cultura, a medida que las emergentes diferencias “culturales” no fomentan la relación coparticipada, y aquellas heredadas para mirar el mundo se acentúan en la violencia totalitaria, pues queda comprometido y en pugnaz disposición el ser total del hombre, en el desorden de la incomprensión. Es éste el dominio total de la violencia, una globalización que trastoca y engloba la intimidad de donde emerge la disposición por ser más, por ser mejor; se trastoca, pues, todo el sistema de la cultura desde donde se gesta: aquella “intimidad”, el ser mismo. Es ésta una lenta corrosión del mundo como un orden, como un organismo de vitalidades compartidas. En todo caso, según confirma Eduardo Nicol:

La idea de que todo repercute en todo fue antaño una noción abstracta de filósofos, como Anaxágoras y Leibniz. Hoy es una vivencia común. Todo hiere todas las sensibilidades. Todos los hombres son, propiamente, heridos de guerra. A los males de la guerra, que los artistas y los filósofos han querido representar idealmente, tal vez pensando que con esta idea pudiera escarmentar el hombre, se añade ahora *el trastorno interior que produce el sistema de odio*. También aquí hemos de alterar las nociones recibidas. El odio es una pasión subjetiva, y quien la sufre suele ocultarla. También es concentrado el odio por su objetivo: su meta es elegida y fija. No podía sistematizarse; no se podía constituir una cultura o código público del odio. Pero se ha formado. El odio difuso es una predisposición, o sea que actúa antes de seleccionar su objeto, como un resorte mecánico, uniforme y anónimo.⁷

Las visiones *compartidas* de mundo, en el libre dinamismo de las funciones de relación expresiva, la interacción de los órdenes culturales y las instituciones comunitarias, se ven forzadas, en una interiorización deprivada, ajena en sí misma a sí misma, extrajera a sus propias funciones y responsabilidades de acrecentamiento vital, ante los acuciantes problemas de congestión de los espacios íntimos y comunes para darle forma a la existencia con las ideas, con la relativización de sentidos y de modos de vida en la interacción; así como la flexibilización de los elementos culturales que hasta entonces eran rectores.⁸

⁷ *Ibid.* pp. 131-132. (El subrayado es nuestro.)

⁸ *Vid.* § 9. “Fenomenología de la enajenación” en *El porvenir de la filosofía, op. cit.*

La violencia y esta innovadora experiencia totalitaria del odio —pues es una nueva experiencia que se regenera por su significado, su alcance (la existencia propia y la del otro) y su “valor” *calculado*—, son la diáfana simplicidad de una lucha individual por pervivir; pero que en conjunto son expresión de confusiones mezcladas, ajenas al régimen de las ideas, al orden de la razón que se sustenta en las verdades vitales, las cuales son nexos de valores comprometidos como la comunidad, la solidaridad, el respeto y la *philia*.

Pero ¿qué otra cosa sino ese “trastorno interior” podría producirse, afirmarse y confirmarse con la mengua del reconocimiento y las finalidades para la vida cuando es postergada la rectoría de las ideas para la ponderación, jerarquización y revitalización cultural (ofrecidos por los sistemas de creación y formación expresiva como la política, la religión, el arte y la ciencia), que dotaban de una estructura existencial? ¿qué puede ser de la vida cuando el con-senso o sentido vital compartido en la manera de mirar y dirigirse para con uno mismo, con el otro y con el mundo, desde la idea que el hombre tiene de sí y la manera en como se comprende, se diluye en la astringencia de la pragmatidad, la utilidad y lo cuantitativo?

Comienza el signo negativo de una difusión, no ya de ideas, sino de mecanismos y de *exposiciones* de violencia y virulencia compartidas, que antes que *disposiciones* al cultivo de las formas y excelencias que la tradición había generado en el mundo, y que con ello había generado el mundo mismo como una armonía de sentidos diversos. Empieza así una etapa esencialmente distinta de lo que conocíamos como una ingerencia anómala, pero antes soportable y, en ocasiones, reivindicable; comienza la totalidad de la barbarie.

El hombre indispuerto. La nueva barbarie

Se advierte desde los análisis de Nicol que la integridad histórica de Occidente ha sido un uni-verso de diversos sistemas orgánicos de expresión, como una avenencia interior entre dos dimensiones de la vitalidad humana: aquella que produce lo útil para vivir y aquella que crea y cultiva lo que sirve para

existir.⁹ Ello fue viable en la convicción de que las ideas forman la existencia y son precisamente ellas las que se erigen más allá de la forzosa inmediatez de la necesidad y la utilidad. La armonía de las dimensiones fue posible, ciertamente, según Nicol, porque se efectuó en la asunción de lo que es más valioso, por cuanto mejor para la coexistencia y no para la mera subsistencia, regida por los resortes impulsivos de pervivir que son uniformes en todos y cada uno. A fin de cuentas, la proporción lograda en la “praxis”, en ese carácter ontopoiético del ser de la expresión, entre la rectoría de los fines por las ideas y la eficacia de los medios por la utilidad de la técnica, con la cual se satisfacen las necesidades, fue factible por la vitalidad intrínseca con la que fueron creados y dotados los recursos culturales.¹⁰ Vitalidad encarnada en la forma que adquirió el mundo desde las miradas diferentes, pero convergentes, desde los órdenes expresivos de la existencia como la poesía, la filosofía, la pictórica, la mística, la política, la jurisprudencia, la ciencia, etc.

La mencionada desarticulación de dichos sistemas y la pluralidad de elementos aislados, que no se adscriben a ninguna tradición particular, pero que fluyen e influyen por los medios de *conmutación* articulada (y que por una inercia del lenguaje llamamos “medios de *comunicación*”) con la soltura del anonimato, ha dado lugar a una caótica forma reticular de existir, falta de ideas directrices y proyectos culturales, que invoca para sí el término de “mundialización”. Éste se configura como un dominio total que trata tecnológicamente con las cosas y no con modos humanos de ser posible en las ideas y proyecciones vitales. Así es a medida que se fractura la experiencia del mundo, y desde lo cual es difícil señalar, de una manera clara, hacia dónde deben dirigirse las aspiraciones y los esfuerzos formativos. Pues aquellos sistemas expresivos, culturales, que Nicol comprende, no como productos independientes, sino que los orienta hacia la existencia humana en el mundo, han sido rectores de la vida en tanto que sus elementos ofrecían modelos de ser humano que se caracterizaban por su apertura y su intensificación existencial para ser compartidos y dar sentido a la relación que desde ellos se entablaba. Pues si el hombre *es* su expresión, cada uno de sus actos lo

⁹ Ibid. p. 39 et seq.

¹⁰ Vid. IV. “Teoría de la mundanidad” en *La reforma de la filosofía*, México, FCE, 1980.

imprime a él mismo e impresiona al mundo de la expresión como creación suya, como dinámica coparticipación de expresiones e impresiones hombre-mundo.

El hombre, conformado en esos modos de ser posibles y universales, por cuanto abiertos a todos y en herencia para todo tiempo y lugar, ha encontrado, así, vías de acceso creadas históricamente desde las cuales se disponían y ordenaban *positivamente* la existencia de los individuos. Esto se debe a que la cultura configura un sistema amplio de dis-posiciones y posicionamientos diversos, conjugando aspiraciones con necesidades, en tanto que todo proyecto cultural implica la diversidad formativa y la consecuente diversificación de ese cultivo vital, así como el uso de los recursos técnicos y materiales de que dispone. Referido, todo ello a un sentido fundamental de conformar modos de ser, que antes de fracturar el mundo lo enriquecen en su integridad expresiva. Pues en la contingencia de sus hechos, el mundo, esta realidad formada, es un orden impreso

con pensamientos, creencias, sentimientos, ideales, costumbres y normas, y de las instituciones que nacen con este flujo complejo para tratar con las cosas y con los otros. El mundo es como un organismo que el hombre genera para disponer y acomodar su existencia en la tierra. Los otros seres orgánicos no pueden tratar con la naturaleza directamente: *son* naturaleza. El hombre la recupera indirectamente, con una obra o una acción suya que no es natural: la mística, el arte, la palabra, la razón (...) Hay que formar un mundo para que el dominio tenga sentido. Si no queda en la vida más recurso que el dominio, entonces se pierde el mundo y la existencia carece de sentido. ¹¹

En última instancia, la diversidad del mundo, que desde las alturas de estos tiempos podemos atestiguar (sin melancolías pedestres ni ensoñaciones edénicas del pasado) es la manifestación de esta diversidad de expresiones, con sus distinciones y afinidades, que en él se entretajan y por los cuales el hombre se afana por compartir y corresponder, con sentido, en la avenencia de sus tradiciones y sus adversidades en el presente. Sin embargo, llegados a este tiempo de crisis, en este desorden mundano de la vida, parece que la humanidad se va desprendiendo de sus propios afanes y capacidades expresivas, creadas históricamente, hacia la constricción forzosa de un cúmulo uniforme, orgánico y en desajuste dinámico. Es decir, la alteración de las necesidades vitales, las desinteresadas y las naturales, acontecida por la desmesurada producción humana, y a las cuales se debe *responder* desaforadamente con la programación racional. En ésta, fines y medios, útiles e ideas se dislocan, en

¹¹ *Ibid.* p. 243 (el subrayado es del autor.)

donde la información y producción se extienden forzosamente a todos por igual. Nicol señala que cuando se rompen los límites de las proporciones entre las dimensiones de formación y la acción utilitaria de la expresión humana, lo que queda, entonces, no es una desproporción o una discrepancia entre las ideas formativas y el emplazamiento de la técnica, queda “indispuesto” el ser expresivo.¹² Queda un antagonismo interno, en el que, cuando la utilidad señorea totalmente violenta a la cultura misma, al cuidado de la existencia, violenta el puesto del hombre en el mundo con sus ideas, sus tradiciones, sus creencias y convicciones de lo mejor posible, del cultivo del presente y el porvenir, y la actualización del pasado.

Esto sería la “desmundanización” de la existencia, la desorganización del mundo, de la capacidad de crear un orden común. Desmundanización de la cultura, asimismo, cuando entran en conflicto las ideas y los útiles de la técnica (y su intensificación tecnológica), por cuanto son manifestación de dos dimensiones constitutivas del ser del hombre, de su ser en la facticidad y su posibilidad, y dos funciones existenciales que deben ser regidas por la obra del cultivo hacia la praxis y la poíesis del mundo.¹³

Habría que preguntar entonces ¿qué puede llegar a ser un mundo así? ¿qué puede esperarse de un orden mundial que *promueve* forzosamente la privación de las individualidades y comunidades, a medida que éstas son incapaces de *proyectar* diversos modos, acordes a nuestro tiempo, para atender y recrear el mundo con la integración ordenada de expresiones? ¿será *posible*, acaso, ordenar la existencia en un sentido compartido, cuando lo que se extiende es el impulso aglutinador e irreflexivo de la *necesidad* y el *instante* en las producciones y consumos de aquello que ofrece la industrialización

¹² Se trata de “el régimen de la razón de fuerza mayor”, según la conceptualización nicoliana, que se caracteriza por: 1° La sustitución del tradicional régimen de las ideas (“el régimen de la verdad”); 2° una racionalidad artificial, que no puede ser la originaria razón natural, pero tampoco la razón desinteresada de las vocaciones libres, como la filosofía, la mística, la poesía, etc.; 3° en tanto que régimen, esta racionalidad centra sus funciones en una aspiración conjunta, a saber, la pervivencia de la especie, y no ya el mantenimiento de las comunidades en las ideas vitales; 4° es una razón que no da razones, que no es crítica de sus alcances, sus fundamentos, sus aspiraciones, finalidades y posibilidades (el despliegue de la libertad), sino que su fin es único y forzoso: sus funciones y acciones, conducidas a un único fin, eliminan el dominio de las alternativas y las finalidades. En fin, la vida humana se instala con este régimen de la razón de fuerza mayor en un dominio de la necesidad, y deja atrás el dominio de la libertad y del sentido de las creaciones culturales. (*Apud.*, E. Nicol, *La reforma de la filosofía*, México, FCE, 1980; § 26. “La razón de fuerza mayor”.)

¹³ Vid. La primera teoría de la praxis. México, UNAM, 1978, *passim*.

y mercantilización de la “cultura”, y que poco o nada ofrece de modelos de vida que comprometan a la existencia en la disposición ante sí misma y el mundo? Acaso este tiempo de crisis sea la originaria incapacidad o la ignorancia vital que se patentiza en esa intrínseca ambigüedad para las finalidades de la cultura, entre el provecho utilitario del conocimiento y el aprovechamiento de la existencia en el saber. Esta fractura de la disposición humana ante la conformación de la existencia, esta rigidez para darse formas de ser, son inadvertidas cuando se encubren con las conquistas y dominios externos de la reproducción técnica en la auto-cumplimiento de su utilidad.¹⁴ Pues si bien es cierto que la técnica manifiesta una dimensión efectiva de la libertad humana para sobreponerse a las *condiciones de vida* que le son propias, dictadas por la naturaleza y las limitaciones de la constitución de una materia expresiva; sin embargo, ese obrar técnico, esa *praxis condicionada*, tiene sentido cuando se refiere al cumplimiento y promoción del hacer que garantiza y posibilita una dimensión de la vida en sus acciones, en su praxis, por el despliegue de la existencia en el hacer, que no es contradictoria con la técnica, sino que dota de legitimidad a ésta; se trata de la *praxis formativa*, no ya de una respuesta a condiciones, sino una iniciativa de *formación de la vida*.

Aquí las repercusiones existenciales de la adventicia desmundanización son evidentes.¹⁵ Hoy día la praxis condicionada de la técnica pierde sentido al desvincularse de una praxis formativa y someterse exclusivamente a las condiciones de efectividad de lo producido. La interrogación del “para qué” de ciertos productos de la técnica actual no tiene respuesta alguna que señale un factor formativo, sino únicamente el auto-cumplimiento de una capacidad de hacer que tiene como límite aquello que no puede producir de momento. El límite no es la satisfacción de una necesidad determinada para la cual se ejercería la praxis condicionada, y en ese sentido aún libre, como posibilidad de responder de diferentes maneras al condicionamiento y de corresponder, con ello, a las posibilidades vitales de las finalidades propuestas por los individuos y las comunidades.

El carácter irresolutivo a “la pregunta por la técnica” (de aquello que la técnica es en relación con la existencia) en nuestros días es el sin-sentido, el cual siempre suponía una experiencia

¹⁴ Vid. El porvenir de la filosofía, op. cit. pp. 38 et seq.

¹⁵ Vid. Juan-Ramón Capella, *Entrada en la barbarie*, Barcelona, Trotta, 2007; cap. VI “Tiempo de Contrarrevolución”.

excepcional, una caracterología personal o situacional por experiencias adversas (de las cuales entiende más la literatura que la filosofía). Con todo, el mundo, conformado por la interacción formativa de expresiones resistía las anómalas situaciones de contrasentidos (que en la obra nicoliana señalan sobre todo a las manifestaciones del pesimismo y el absurdo existencialistas, como signos de desaprobación por parte de los integrantes de la comunidad, pero aún sujetos al sentido ordenador de los centros y periferias de la vida en los sistemas expresivos) o los sinsentidos particulares (que siempre fueron vistos como circunstanciales, experiencias líricas, aunque no menos dramáticas).

Pero esta advenida novedad forzosa de nuestros tiempos, que no una innovación reflexiva y proyectada, esto es, un porvenir de nuestra vida, es lo que Nicol llama la “nueva barbarie”: una manera de morir de las formas de vida que la comunidad había generado como valores históricos, transformables, y hasta diferibles, postergables o marginales, pero, jamás, irrenunciables. Un momento en que la técnica es una praxis deshumanizada y desmundanizada que trastoca la acción creadora de la existencia; por cuanto la técnica es, ahora, una astringente agencia entregada a sí misma, que exalta e imprime, de sí y en sí misma, una facultad de auto-desarrollo, de tal manera que todas las virtualidades y capacidades que están incluidas en esa praxis deben ser actualizadas por ellas y por lo que ellas son. Es este momento en el que, como bien señala Michel Henry:

Se trata de fabricar oro, de ir a la luna, de construir misiles autodirigibles y capaces de autovigilarse (...) Es el auto-cumplimiento de la naturaleza en lugar del auto-cumplimiento de la vida que nosotros somos. Es la barbarie, la nueva barbarie de nuestro tiempo, en lugar de la cultura. Por cuanto pone de fuera de juego a la vida —a sus prescripciones y a sus regulaciones—, no es sólo la barbarie en su forma extrema y más inhumana que haya sido dada al hombre conocer: es la locura.¹⁶

Bajo este tenor, y con sus debidas acotaciones, Eduardo Nicol considera que este orden obedece, no a la racionalidad de la ciencia o a una irracionalidad de la técnica, sino a un régimen de

¹⁶ Michel Henry, *La barbarie*, Madrid, Caparrós Editores, 1996; p. 72. (Reflexiones sobre la barbarie por parte de Nicol, muy cercanas a estas que presenta Henry en relación con la técnica, la cultura y las funciones vitales que ellas cumplen, *vid. El porvenir de la filosofía, op. cit.* p. 334 *et seq.* En estas páginas Nicol discurre sobre esta “nueva barbarie” desde el análisis de las forzosidades, es decir, la alteración y decadencia de la cultura por sus finalidades que ya no son la comunidad humana, signada por la diferencia, mismidad y diversidad de las individualidades, sino que la finalidad extrínseca de la deformación de la vida es la defensa de la especie —la cual se ha anotado anteriormente—, la in-diferencia de las individualidades, puesto que la única disposición que vale ahora, no es el dispositivo de atención formativa a la existencia, sino la disposición perseverante hacia la defensa de la pervivencia. Así, “El hombre tiene que defenderse de sí mismo: del aumento de la población, y de sus propias innovaciones técnicas, las cuales lo deshumanizan a él y desnaturalizan a la naturaleza”. *El porvenir de la filosofía loc. cit.*; p. 335.)

“fuerza mayor” que violenta las razones, pero que requiere, que exige a la razón, no en sus mundanas efectividades “puras”, artísticas o reflexivas, sino en su eficacia pragmática que responda a los estímulos de las nuevas y crecientes condiciones. De tal manera, esa “locura”, esa nueva barbarie, no es una elección humana, ni siquiera una perversión humana de ambiciones perseverantes, o una raigambre expresiva de problemas con solución en la cultura o en los sistemas expresivos de las comunidades, sino que se trata de una adversidad global impuesta a la especie humana en su conjunto. La locura no es una sinrazón de la vida, sino una alteración de la razón, el olvido de las razones, la redirección de nuestras disposiciones exteriores y básicas de la especie (ahora hacia los temores de perder la vida humana en su conjunto en el planeta y hasta el planeta mismo —ahora que el informativo terrorismo ecológico hacia las consciencias se ha convertido en una mercancía ambientalista para el consumo—) y ya no aquellas disposiciones interiores con las cuales se cultivó la existencia en Occidente.

Esto es la pérdida del sentido y la excentración de la existencia en sus prioridades de la praxis humana. La crisis contemporánea acarrea consigo el trastoque en nuestra percepción de la temporalidad, del espacio, de las ideas y de nuestras propias capacidades de creación, transmisión y transformación de los elementos valiosos que cualifican nuestra manera de acontecer en el mundo.¹⁷ Pues es verdad: ahora que se ausenta de nuestro horizonte la funcionalidad formativa de la cultura, como un orden de expresiones en permanente transformación, podemos entender que la cultura occidental ha sido universal, en razón de que toda producción formativa se generaba desde la libertad y para la consolidación de aquellas formas libres de expresarse que se habían generado. Universalidad, no tanto por el alcance fáctico de sus acciones, sino, sobre todo, por sus funciones existenciales, por sus finalidades, por sus amplias posibilidades de actualización en cada uno de nosotros, y de manera diferencial en cada individuo, pero común en la coparticipación de los elementos heredados, y por los modos en que la existencia humana se daba forma a sí misma.

¹⁷ Vid. Jean-Francois Mattéi, *La barbarie interior. Ensayo sobre el inmundo moderno*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2005; cap. V “La barbarie de la cultura”.

Mundo de la expresión. El extravío

Y es que la existencia nos llama la atención, nos dispone para con nuestro ser-expresión; nos *convoca* para la tarea de formar y transformar la vida en un orden de expresiones diferentes, plurales y diversas, que se configuran en la proximidad con los otros. Ello es debido a que, ante la existencia y el orden vital, el hombre

adopta siempre una determinada actitud, sea mística, sea estética o cognoscitiva. Esta especie de dispositivo atencional, que constituye un modo de existencia... con el cual expresa el ente mismo que adopta esta forma de expresión.¹⁸

Y es que, si bien es cierto que toda individualidad expresiva es disposición y vida activa, cooperación vital, como tal se encuentra bajo las condiciones infrangibles de lo dado, y es cierto, a su vez, que el halo de aquella acción es en el ámbito que su comunidad y el mundo de la expresión le ofrecen, desde el cual le es factible reconocer su obrar libre, su existencia en dinámica expresividad de apropiación y participación de la vida. Apropiación y participación cambiante que acontece en la actividad deliberada del constante metamorfismo de la existencia, que elige y pospone alternativas y finalidades para ser-quien-es. En este sentido, las comunidades e individualidades son, a la vez, creadoras de sus propiedades existenciales, promovidos en las creaciones y apropiaciones con las cuales generan un sitio de vida propia, un “idioma” que atestigua con sus expresiones el mundo, que genera la concreción de la experiencia mundana por esa manera idiomática de ser tan susceptible de aprehenderse y de interpretarse como un horizonte expresivo de miradas. Toda forma de vida propia y todo idioma particulares, ya sea de las individualidades o las comunidades, es común, dispuesto para ser comprendido en la comunidad del mundo.¹⁹

¹⁸ Metafísica de la expresión, 1ª versión, op. cit. p. 232. Asimismo, vid.

¹⁹ En este punto debemos referir a los importantes ensayos de la reflexión sobre la cultura de Edmund Husserl que se han presentado en el texto *Renovación del hombre y la cultura: cinco ensayos*, Barcelona, Anthropos-UAM, México, 2002. En ellos el fundador de la fenomenología filosófica atiende a los problemas que se enfrenta el hombre del siglo XX frente a la decadencia e ineficacia de las actividades formativas de la cultura. Debido a que los ensayos fueron escritos para una revista japonesa (*Kaizo*), el autor asume una postura más amplia del mundo y la diversidad de las culturas y los aspectos educativos, contrastante con la que desarrolla en *Crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (México, Folio Ediciones, 1984). Así, la vía que visualiza Husserl para la “renovación” del hombre y la cultura tendrá que venir dada de “un marco ético normativo” (desde la universalidad de la razón) que corresponda al “reino de la cultura” auténtica (cualquiera que sea) que

Así, en el mundo de la expresión, cultura y variedad formativa son la diversificación del acontecer mismo, pues con ellas el hombre se entiende a sí mismo y se extiende en modos libres de ser. Pero en nuestro tiempo la existencia y las condiciones a las que *responde* la técnica y el dramático desarreglo cualitativo del interior “dispositivo atencional” del hombre (por el incremento cuantitativo de las condiciones, así como la conversión de éstas en forzosidades inaplazables en la circunstancia que impera en este tiempo), ha trastocado en una “indisposición diferencial” para con la formación de la existencia que se manifiesta hoy día en las comunidades. De esto resulta un complejo de “folklorismo” cultural, una uniformidad en el mero hacer por el hacer técnico y, por ende, en una barbarie que repercute en los más hondos fundamentos de toda posibilidad formativa, en la libertad creativa y la expresión posible del ser humano. Porque la vitalidad de cultura, como una forma de ser diversificada en los modos de ser expresivamente, produce y promueve las formas y conformaciones cultivadas que responden a ese dispositivo interno del ser del hombre que requiere ideas para comprenderse a sí mismo como posibilidades (y no simples necesidades) de ser y diferenciar la existencia en la expresión. Esto implica la apropiación auténtica (en la conjugación de la mismidad y diferencias) de la vida forjada en una idea del puesto que ocupa el hombre, una proyección de formas ideales y viables de existir, que se sostienen en el patrimonio de ideas e ideales presentes y precedentes, y en todo ello se hallan la vías para transitar creativamente por el mundo de la expresión.

Con el pensamiento de Nicol comprendemos que la existencia tiene formas, porque es ella misma una tarea permanente de conformación de los individuos: es un dinamismo vital en sus expresiones, hebras de posibilidades, hilos de actualizaciones con los cuales se teje el tapiz de las

forma al individuo y que el individuo forma para sí mismo en comunidad. La importancia de estos escritos, para con nuestro análisis, corresponde a la corriente de pensamiento fenomenológico en la cual confluyen pensadores como Max Scheler, F. Otto Bolnow, Merleau-Ponty, E. Levinás y E. Nicol, en el sentido antes señalado y que debemos reiterar, es decir, el de contraer la “objetividad cultural”, es decir, la pluralidad de “objetos” culturales considerados en sí mismos, a la energía de irradiación vital (expresiva) que muestran esos productos y la manera en cómo ellos refieren a la estructura ontológica de la cual parten, y desde la cual “el mundo circundante” (la voz es de Husserl) de un individuo y una comunidad abraza al “mundo todo”; con lo cual se queda al margen la discusión sobre la subjetividad u objetividad de la cultura, como había sido planteado desde los análisis de la filosofía del espíritu diltheiana (cfr. Wilhem Dilthey, *Teoría de la concepción del mundo*, FCE, México, 1978, p. 218 *et seq.*), hasta los de Hermann Nohl en su *Antropología pedagógica*, México, FCE, 1974.

formas culturales de ser y de suscitar el mundo. Pues hemos venido al mundo, hemos sido atraídos al mundo, en donde

nacer, es a la vez nacer del mundo y nacer al mundo. El mundo está ya constituido, pero nunca completamente constituido. Bajo la primera relación, somos solicitados; bajo la segunda estamos abiertos a una infinidad de posibles. Pero este análisis es abstracto, dado que existimos bajo las dos relaciones *a la vez*. Nunca hay pues determinismo, ni jamás opción absoluta...²⁰

Con el desarrollo de la metafísica de la expresión nicoliana es patente que la libertad nos hace iguales, no a pesar de las diferencias culturales, sino por ellas mismas, porque en ellas expresamos la diversidad de la existencia elegida que acontece en la formación de quienes somos, en la libertad que encarnamos en nuestra presencia y la forma de experimentar el mundo libremente de manera individual y comunitaria.

Por esto mismo es que parece un fenómeno extraño a los contemporáneos, a “los mundos contemporáneos”, esta barbarie mundializada ataviada con los mantos de la tolerancia multicultural, de las necesidades ilimitadas que cada vez más son contraídas a la cercanía del espesor de “la piel expresiva” en la existencia desigual, uniforme y aglutinada; extraños son los progresos incesantes del quehacer técnico, a medida que decrecen las dimensiones del cultivo en la libertad de las ideas. Decrece el hombre, el mundo y la cultura puesto que en los jirones de conformación de nuestros días se pierden las mismidades y diversidades expresivas, “idiomáticas”, que hacen de cada individualidad y cada comunidad una propiedad existencial: un dominio adquirido, un sitio generado por la construcción propia de la existencia, es decir, una situación vital de interlocución con otros orbes diferenciados por lo que hacen y cómo se hacen; pero libres por esa propiedad existencial de diferenciarse, de ser “más sí mismos”, más auténticos.

De-genera la existencia cuando se pierden las miradas, cuando se extravían las intenciones y “los mundos”, cuando mengua la disposición mundana hacia el cuidado constante de la pervivencia de las excelencias del pasado y la proyección de lo porvenir.

Es en esta nueva barbarie que cada vez hay menos espacio y tiempo, aquí y ahora, para una auténtica cultura o cultivo del hombre y su mundo, dado que como suceso inédito en Occidente,

²⁰ Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, RBA-Agostini, 1985; p. 460.

la novedad estriba en una conversión del hombre en un ser que es poderoso donde antes era impotente, e impotente donde antes era poderoso: domina mejor los medios de vida y aparece desprovisto de los fines.²¹

Éste es el hombre poderoso que somos, que se ubica sin sitio, sin situación estable de la vida, porque no sabe lo que tiene que hacer, lo que tiene que ser y desconoce cada vez más la ganancia de lo que fue; es el hombre que no va a ningún lado porque no sabe de dónde viene, y sin esto no sabe dónde está. Entonces, ¿qué subsiste del ser humano cuando su existencia no es proyectiva, cuando pierde la mirada hacia su propia temporalidad forjada en las ideas de lo posible? Queda la triste impotencia del ser de la expresión, la “agonía de Proteo”, los estertores de una libertad que para desplegarse en la acción mundana requiere alternativas del mundo y aspiraciones conjuntas. Queda, pues, el ser en permanente transformación degenerativa de la existencia.²²

Ante Nicol esto aparece como una inusitada circunstancia padecida, antes que una situación creada o pre-meditada, una estancia y un modo de estar de profundo desasosiego más que cualquier otro precedente. Y es que si bien es cierto que el poderío humano es la acumulación de medios abundantes y harto poderosos ellos mismos, su funcionalidad es vacía cuando no se sabe qué hacer con ellos, cómo hacerse con ellos, porque no se conoce su finalidad para la existencia en sí misma; pues aunque la utilidad técnica raramente falla y, cuando sucede se perfecciona, el problema, el problema humano es que el hombre falla en sí mismo y se falla a sí mismo, pues la dificultad radical no estriba ya en cómo ser mejor, debido a que todo se concentra en el conflicto expreso de no saber en verdad qué ser ni qué hacer individual o comunitariamente.

Hemos llegado, según constata Nicol, a un momento definitivo: el punto en el que sin finalidades formativas congruentes con estos tiempos, la vida cultivada expresivamente no podrá renovarse. Pero no se trata de ofrecer o someterse a medidas inusitadas como “razones de fuerza

²¹*El porvenir de la filosofía, op. cit.* p. 42.

²² C. ca. E. Nicol, *La agonía de proteo*, México, Herder, 2004; pp. 12-25. Bajo el mismo tenor *Vid.* “La agonía de Proteo. Anotaciones”, en E. Nicol, *Símbolo y verdad*, México, Afinita Editorial, 2007. Asimismo, atiéndase a las reflexiones de José Ortega y Gasset cercanas a este respecto en “Lo que más falta hace hoy” en *Meditación del pueblo joven*, 2 ed., Madrid, Revista de Occidente, 1966, colección El arquero; pp. 55 *et seq.*

mayor” que no suscitan la formación de la vida, por cuanto que se asientan en la ingravidez de la conducción tecnológica (mediáticamente racional) de lo social, lo político y lo económico.²³ La cultura, según Nicol, se ejerce en la solidez de la existencia humana susceptible de darse forma, de transformarse en la constante metamorfosis de las ideas que se afilian al orden racional y permanente del mundo. Pero hoy día es esa existencia misma la que no deja de observar la transitoriedad y discontinuidad de todas las expresiones y las cosas; el sello de caducidad inmediata o a corto plazo con las cuales se *exprime* la vitalidad. En verdad —y como asevera Nicol—, en este nuevo orden parece que “no hay unidad en la cultura de lo humano: sólo hay decadencia de esta cultura”.²⁴

Esto es una caída constante, progresiva (en contrasentido a lo que la Modernidad atisbó para su porvenir como progreso perfectivo de la humanidad), en el que las formas de ser y el oficioso ejercicio de ser hombre están en entredicho, en el que es posible el fin, el término de la historia y la cultura como funcionarias de las conformaciones existenciales de la libertad humana. La unificación del mundo por las soluciones técnicas de cara a la ad-versidad actual, la alteración histórica de la experiencia en la congestión de una adaptación funcional de la vida, imposibilitan la conformación di-versa y universal del ser del hombre en sus expresiones. Al razonado cultivo de la vida lo sustituye la instrucción y la tecnologización educativa que se rige por la adaptación del aprendizaje a las necesidades de su momento (displicente a los efectos profundamente existenciales que ocasiona), que intentan ser respuestas a la celeridad y, no obstante, son parte de la aceleración misma en los cambios repentinos que se exigen por igual a cada momento, como imperativos desde diversas latitudes y desde dominios diferentes, que emplazan los recursos vitales hacia fines de productividad condicionada.

El panorama previsto por Nicol en sus reflexiones entre los años setenta y ochenta son un dato irrefutable ahora, por doquier se lo vea. Es ésta la unificación del mundo, no por una idea de *koinoía* (comunidad de ideas e idiomas culturales, como gusta decir Nicol en *El problema de la*

²³ Vid. *El porvenir de la filosofía, op. cit.* § 7. “La lucha por la vida. El desequilibrio entre la cultura y la natura: la mediatización”.

²⁴ *Ibid.* p. 38. (Vid. de igual manera en esta obra § 25 “El orden del tiempo. Velocidad y atonía: la pérdida del pasado”.)

*filosofía hispánica*²⁵) sino por el hecho de una necesidad total, la ruptura estructural de sistemas expresivos, la tecnologización y la degradación acelerada del movimiento histórico por la uniformidad impulsiva y forzosa, que trastoca la libertad de expresión que se manifestaba en los géneros de vida constituidos culturalmente. Todos éstos son parte de un fenómeno nuevo y cercano: la barbarie es encarnación de una profunda afección humana para darse forma a sí misma. Pues si el hombre es un “ser a flor de piel”, como afirma el autor de la *Metafísica de la expresión*, entonces estamos siempre demasiado expuestos. Inmersos en tanto poderío es necesario señalar, a su vez, la exhibida fragilidad humana, pues se trata de un ente que no puede esconderse ni desprenderse del mundo al que está ceñido ya desde su propia presencia.²⁶

Hemos de enfatizar que esto es lo que en primera instancia enfatiza y posibilita el pensamiento de Eduardo Nicol, desde la revolucionaria metafísica de la expresión como sistema: ya no se trata de un problema de vertientes o de perseverar a ultranza en esquemas de reflexión cultural que son sobrepasados por los eventos actuales. La novedad, en realidad, no radica ahora en las ideas, sino en la manera en cómo la existencia se ha transmutado a un orden de racionalidad en que campea la barbarie en la desmundanización de la vida.

Entonces ¿qué resta para la reflexión filosófica en este nuevo orden? ¿corresponde a la filosofía, ahora, no rechazar decididamente la utilidad ineludible, sino concentrar sus empeños en la señalización de la existencia en la amplitud de una actividad que se desenvuelve por encima de la utilidad o la necesidad, a medida que mengua la praxis misma en sus finalidades y los ámbitos en los cuales ella se ejercía, es decir, la libertad?

La situación es preocupante, y más allá de fatalismos contemporáneos y antimodernos, y más allá de una supina opinión cotidiana, los indicios parecen perder el carácter de un envilecimiento superficial en el orden del mundo, o una degeneración de las producciones culturales, o una ineficacia de la educación y las instituciones educativas, para ceder paso a los indicadores de una profunda alteración en el hontanar mismo de la existencia: las relaciones interindividuales e inter-comunidades,

²⁵ E. Nicol, *El problema de la filosofía hispánica*, Madrid, Tecnos, 1961, *vid.* 8. “Hispanidad”.

²⁶ Sobre esto hemos discurrido en otro texto, a él referimos. “De la encarnación del mundo y la cultura”, en AA VV, *Filosofía de la cultura. Reflexiones contemporáneas*, México, Afinita Editorial, 2007.

así como los elementos formativos estimados como primordiales (valores, creencias, ideas y conocimientos) se encuentran en una radical inestabilidad y confrontación que repercute en un desorden situacional del mundo.

Pero, ¿acaso dicha crisis revela una cierta incapacidad o, todavía más allá, una imposibilidad? ¿será que el ser de la expresión va perdiendo sus capacidades expresivas o será que esa profunda conciencia de crisis en nuestro tiempo no es sino aquella que siente cada comunidad histórica ante la incursión de otros modos en que se re-crea el hombre, de frente al acontecer de nuevos tiempos, para dar lugar a una nueva idea de sí mismo y a una diferente proyección vital, cultural-educativa, en relación con el pasado? Esto es, ¿es posible que esto no sea sino un reordenamiento mundano del hombre, como en tantos otros momentos históricos? Las respuestas son negativas desde el pensamiento nicoliano. Enunciado brevemente, el fenómeno de esta crisis consiste precisamente en: “una mutación sin precedentes que está sufriendo el hombre”.²⁷ El “órgano de la esperanza” —como lo llamó el otro— desfallece, con lo cual la praxis misma también, la función creativa (poiética) de la existencia, de configuración mundana pierde sus finalidades; se pierde el tiempo histórico en el mundo con la disolución de la *perspectiva* ante la tradición, *iniciativa* o re-inicio del presente, y *prospectiva* ante el porvenir.²⁸ Se pierde la humanidad en su diversidad y transformación cualitativa, en su “metamorfismo expresivo” —como lo llama Nicol.²⁹

El orden de la vida y el equilibrio de las ideas

²⁷ La reforma de la filosofía, op. cit. p. 108.

²⁸ Sobre esta disolución de la temporalidad humana vid. *El porvenir de la filosofía*, op. cit. § 25. “El orden del tiempo. Velocidad y atonía: la pérdida del pasado”. Asimismo, para una lectura sugerente de este problema cf. Paul Ricoeur, “La iniciativa”, en *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, 2ª ed., México, FCE, 2002.

²⁹ Sobre el fenómeno de transformación cualitativa de la existencia en las expresiones, es decir, aquello que Nicol llama “metamorfismo expresivo” (Vid. *El porvenir de la filosofía*, op. cit. p. 275. *La reforma de la filosofía*, op. cit. p. 307. Ideas afines en *Los principios de la ciencia*, México, FCE, 1965; p. 198, y *La agonía de Proteo*, op. cit. p. 44) como ontopoiesis en las formas de vida adquiridas, como incremento cualitativo y que acontece por lo que hemos llamado aquí “praxis formativa”. Metamorfismo expresivo que decrece en posibilidades de acontecimiento de cambio y ganancia en la existencia frente al “mecanomorfismo” (el término es de Nicol en *El porvenir de la filosofía*, op. cit. p. 305.), es decir, por los mecanismos anónimos (razones de fuerza mayor) de la praxis condicionada que imponen las forzosidades a la existencia frente al peligro de la subsistencia, por cuanto el régimen gradual del afianzamiento de la barbarie.

Aquí, no hace falta extenderse más en la patencia de que muchos de los *nuevos* dilemas y contradicciones de esta situación no son propios para una transformación de la cultura y el mundo, sino, más bien, de su patente decadencia en la disolución de las formas culturales mismas. Baste señalar por ahora que la tarea de la filosofía de la expresión ha de proseguir con el análisis y comprensión pertinentes de las causas, los elementos y los desajustes vitales, referidos ontológica y antropológicamente, en los términos discursivos, en sus consecuencias teóricas contemporáneas. Así, la tarea para la reflexión contemporánea y “el porvenir de la filosofía” (así como las modos de existencia libres que la hacen posible) radica en insistir, con la razón que da razones, en que es impostergable asumir, dentro de la mundialización que se despliega en redes de contacto más apremiantes en la congestión del mundo, la atención sobre las responsabilidades y compromisos que cada cual y todos tenemos con nuestras expresiones.

Con Nicol, se trata de la renovación de nuestros vínculos con la existencia compartida y la realidad toda, pues la evidencia fenomenológica del hombre como ser de la expresión patentiza que es posible para el ser humano, aún, afanarse por ser diferente en sus formas de expresar la vida y el mundo en el que está contemporáneamente, y en ello se manifiesta una libertad que se pone fines a sí misma, que crea alternativas de existencia de entre las posibilidades de ser, que es responsable de su hacer para con los otros y es consciente de sus limitaciones históricas. El ser de la expresión, este ser que somos, sólo se hace, se configura con todas sus capacidades, realizaciones y postergaciones, que co-operan en la *opera*, la obra del mundo como expresión nuestra, como encarnación de nuestras iniciativas.

Pero atendamos que en la posibilidad del hombre, en la *posibilidad* de la existencia por ser más y ser mejor, está la posibilidad de ser-menos, de menguar en su capacidades de expresión en la pérdida de la autenticidad ganada, como constricción de las posibilidades de ser y una latente deformación existencial. Entonces tenemos que preguntar, consecuentemente, ¿qué clase de ser es aquel que no sólo es posible incremento de sí, sino que, en tanto posibilidad, puede menguar de grado, puede perder lo ganado en su existencia histórica?

Así, pues, en nuestros días debemos también atender al proceso inverso: que cada posibilidad de ser que se tergiversa en la uniformidad y unificación forzosa, por el exceso de la praxis condicionada, es una degradación del ser expresivo en sus formas de manifestarse. La pregunta sobre la praxis cultural que formula Nicol, como se mira, no puede ceñirse únicamente a la idónea mejora gradual de la existencia, a los procesos y contenidos de esa mejoría desde los sistemas expresivos que antaño regían la vida; sino que esa pregunta también se dirige a la posibilidad y facticidad de un proceso que parece afianzarse en la merma de la vida, la fractura de las comunidades y su diversidad, así como la rampante rotura del dispositivo atencional de conformación del ser expresivo. Se trata de hacer frente con la razón a la barbarie misma.

De ahí, según hemos afirmado, Eduardo Nicol ha sentado las bases firmes para la viabilidad de una filosofía de la expresión que comprenda las condiciones ontológico-existenciales que promueven la conformación (con sus elementos y sus dinámicas de cambio y permanencia) de modos de ser de la existencia en el siglo XXI. Y se trata, para esta proyectada y proyectiva filosofía de la expresión de repensar el fenómeno de la barbarie, la cultura y el mundo desde donde emergen y en donde adquieren sentido esas condiciones y facticidades: desde la existencia expresiva y su actividad ontopoiética que expresa, en sus creaciones y sus procesos, los modos diversos, actuales y posibles de ser.

Con esto, Nicol ha reivindicado una actitud crítica con la fundamental ecuanimidad del pensar filosófico que no se somete a los temores ni se retrae a los espantos de estas innovadoras *condiciones* de la vida. En este sentido, las reflexiones nicolianas son testimonios ejemplares de la posibilidad que se abre con el pensamiento para configurar y dirigir, en lo aún posible, un presente y porvenir regido con las ideas desde la situación que patentiza el mundo en nuestros días, lo cual se da desde la dimensión expresiva del hombre que la cultura forma, fomenta y dinamiza. Con Nicol, en fin, se ha abierto la atención en el horizonte de las responsabilidades que cada uno tiene, pues si la expresión nuestra es la “materia plástica del mundo” —como nuestro filósofo afirma—, entonces tenemos el compromiso de mantener el orden de la vida, el equilibrio de las ideas y la utilidad en el ejercicio de las acciones desinteresadas, y la respuesta temperada a los condicionante vitales (que, para

ello, han de ser primariamente comprendidas). El mantenimiento cooperativo del mundo, este mundo que expresa al hombre, no es ajeno ni distante, y aunque maltrecho, ciertamente, es aún responsabilidad nuestra.